



De la ruta del Románico al camino Jacobeo

Ripoll, cruce de dos caminos

La peregrinación es un viaje del hombre a un lugar donde las cenizas de los que padecieron martirio por la fe de Cristo suscitaron hechos prodigiosos. Los romerajes a Compostela tienen la particularidad de que hacen parada en espléndidas basílicas y humildes templos campesinos. Nuestra romería santiaguista ha cruzado del «Mare Nostrum» al «Finis Terræ» con gentes de todos los rincones de la tierra que tanto amamos. Nosotros la iniciamos desde el mismo Arco del Cristianismo de la Real Basílica del Monasterio de Santa María de Ripoll, cuya torre es símbolo aún de capital de la Cataluña Vieja, cuna del románico más puro; para terminarla en

el mismo dintel de la puerta, también románico-barroco de la antiquísima basílica compostelana, con su batalla de Clavijo y con los relieves de las doncellas liberadas por intervención del Apóstol, del tributo con la victoria del rey, reveladora de la capacidad de reacción de un pueblo cuando a su tradicional virilidad se unen los impulsos de una fe insobornable.

Justifiquemos esta romería de los 4.000 peregrinos, como la presencia de Cataluña en Santiago por la ruta jacobea, no sólo en honor del adalid de las grandes gestas nacionales, sino también, por la hermandad nacional, ya que esa hermandad es cosa viejísima entre nosotros, como

lo demuestran las iglesias santiaguistas que se alzan por nuestras comarcas. No es, por tanto, exageración alguna, afirmar que el pasado 4 de septiembre del año jubilar de 1965 (un primer sábado septembrino que dejó caer las primeras hojas secas encima las cabezas de los que veníamos de Cabo de Creus cuando en el Canigó blanqueaba la nieve), toda Cataluña estaba en Santiago, porque hasta los árboles de la Alameda compostelana hablaban a Angel Guimerá; Sant Jordi se adelantaba hacia el Pórtico de la Gloria guiando «als xiquets de Valls o als timbalers del Bruch», y el manto azul de la Moreneta, protegía a todos parando lágrimas de emoción de unas nubes grises, que habían olvidado que este techo, este Cielo, es el mismo para todos y esta tierra es poesía, espíritu, presencia y unidad desde Finisterre hasta Rosas y de la Vall d'Arán hasta Tarifa.

La nostalgia unía las manos de todos en una pequeña empresa, que se agigantaba al hincharse los corazones. Todos, catalanes, en una marcha triunfal en pro de la Unidad, de la gran Unidad que medía los pasos del que escudo halla en el bordón del peregrino, entonando al Patrón Sabido las estrofas de Sánchez Campohy:

**Señor Santiago, dame el fuego ardiente
en que te quemabas; dame corazón
para ser muy bueno y ser muy valiente
quiero ser Castillo!, ¡quiero ser León!**

«**Ben vinguts sigau a Compostela, catalans!**». Así nos recibía el ambiente incomparable de la tierra gallega respirando en catalán. Cataluña llega ostentando sus muestras de cultura, arte, folklore, música... Pero, sobre todo, los catalanes han venido guiados por su religiosidad, y por su deseo de proclamar la unidad de toda la tierra hispana ante el Patrón de España. Los catalanes no se sienten extraños en este rincón lejano dentro la península. No tienen más que recorrer Galicia y escuchar el habla del pueblo, para comprobar la similitud que la lengua gallega guarda con el catalán. La raíz común y la hermandad de las regiones españolas queda patente en el idioma. El tiempo y la distancia pueden imponer diferencias, pero el espíritu hispánico de unidad verdadera está muy por encima de las diferencias locales, de los siglos, de los kilómetros y de la voluntad de quienes no saben levantar la poesía que une, por encima de la prosa que divide.

Esa fe es la que congrega hoy a gerundenses, barceloneses, tarraconenses y leridanos con el cayado y la concha de cuatro provincias que forman también esta otra magnífica región de España y con la ilusión de ganar las gracias del Jubileo, siguen la invocación entonada por el ministro del gobierno español señor López Rodó:

Señor Santiago: Conserva la Paz y
acrecienta la prosperidad de nuestra Patria,
concede largos años de vida al Generalísimo.

«Sant Jaume, Patró d'Espanya, pregueu per nosaltres.»

Invocación paseada por caminos de penitencia y perdón, hacia las tierras en las que la **saudade** se contagia y por eso dicen, que en ellas se entra llorando y se sale llorando. Estas serán las lágrimas de la emoción que forzosamente quedarán impresas en los pentagramas de tantas almas musicales que en este día se han inspirado.

Hacer un comentario de la ruta de los peregrinos, cuando decimos adiós al año jacobeo, no tendría importancia, ya que en su día toda la prensa — en particular la de las regiones afectadas — divulgó ampliamente noticias y reportajes de la efemérides. Pretendemos, pues, publicar las impresiones recogidas por unos catalanes, que han formado en las filas anónimas de los peregrinos, por las cuatro provincias galaicas, ganados, al despedirse, por la morriña y las **saudades**; estudiando la especial idiosincrasia, buscando ese espectro doliente y genial que nos llevó del llano a la montaña y por entre rías bajas y puertos de mar. «En Galicia no hay dos horas iguales, ni dos días semejantes». Vagamos por hondonadas, por rías o por floridos senderos que conducen a huertas o a los pagos ocultos entre los espesos castaños o los robledos augustos, senderos de campesinos y romeros que los hacen más acogedores. Y vimos sus gentes y sus ciudades y de pueblo en pueblo aprendimos el adagio del país: «**O que vai a Santiago e non vai a Padrón ou faz romería ou non.**»

Alguién, un día dijo: «En Galicia desconocen la panorámica. En Galicia predomina el alma de campanario, alma parroquial. Limitada y delimitada; se extiende tanto cuanto alcanza el tañido, una o dos leguas a la redonda. Mentalidad celular. Alma de enjaulado en valle.»

Bien. Nuestra alma, por primera vez, va y viene y vuelve a ir — en vuelo corto, en vuelo largo —, mediante las alas de los ojos, como el pájaro de la visión. Cartero de noticias. Formamos nuestros propios puntos de vista sobre la región hermana; la óptica del ave en vuelo. No la óptica del grillo en su agujero-mundo. El país — Galicia y España — siguen desconocidos. La naturaleza galaica es fértil, muelle, grave, carente de la sensualidad mediterránea, con deshilachadas neblinas soñolientas. El verde húmedo, el agua al deslizarse entre chopos y álamos, acentúa la serena placidez de hombres y paisaje de praderas mojadas, armoniosos unos hasta en su hablar, y otro dentro de su gama de verdes poli-

cromados. Rutas desconocidas, pero históricas, legendarias también, a veces pobladas imaginariamente de brujas, otras de Santos, llenas de recuerdos y nostalgias.

Del Miño sabemos que nace en Fonte Miñana (Pastoriza); que pasa por Lugo y muere en el Atlántico. Que en Orense es cabalgado por dos puentes... Nada más. Nos ha sorprendido como nacen: el Mandeo por un par de caños o pinchos; el Miño por una hermosa lagunilla borbollante. ¡Qué paraíso! ¡Qué razón turística sin beneficiar! Recordemos: —¿Iste río cál é? ¿Cómo se chama? — curiosos preguntábamos. — Acó chamámoslle... ¡Río das Cruces! Y más adelante: — Cómo llechamades a iste río? — Río dos Morangueiros. Río das Pias. Río das Cruces. Río de Teixeiro. Río da Castellana. Río de aranga. Río de la Santa Cruz. Río de la Espenuca. Río de Chelo. Río dos Caneiros. Río de Betanzos. Río que los gallegos de las márgenes al nombrarlo lo fraccionan. Como un metro de carpintero en decímetros. Como el ferrocarril La Coruña-Madrid en estaciones. Pero es que el seccionar como una morcilla, el no decir «el Mandeo» llanamente y nombrarlo como decímetro local, como trozo de morcilla lugareña o tramo parroquial, también tiene su poesía, tiene su placidez y armonía.

De esta forma nos habla la gente humilde; mujeres y hombres apegados al surco y al duro

vivir de cada día. Nada ni nadie es allá indiferente al recuerdo de «Follas Novas», al recuerdo de una autora de raiz aristocrática a quien la piedad de una mujer oscura y abnegada salvó de la Inclusa, soñadora y excepcional que no llegaron a conocer y que fue «voz, garganta y alma de Galicia», como ha escrito Martínez Barbeito. A Rosalía de Castro nos referimos, esa extraordinaria figura que según Unamuno, «es hermosa y fea al mismo tiempo». Figura entre dos condiciones. Figura entre sólidos barrotes y muros espesos, pero manteniendo siempre vivo el culto gallego. Dijo Castelar: «Si la literatura gallega no tuviese otro libro más que las Follas Novas, bastábale para su lucimiento y para su gloria».

Después de los gallegos, nadie amó tanto a Rosalía como los catalanes, limados por Mossén Cinto y Maragall. Pasado Ribadeo, última ciudad gallega en el regreso, nos despedimos recitando en voz alta las primeras estrofas de uno de los poemas más hermosos y nostálgicos, de sorda y abrumadora melancolía gallega:

**Adiós, ríos; adiós, fontes;
adiós, regatos pequenos;
adiós, vista d'os meus ollos,
non sei cándo nos veremos.**